

mento era de algun peso, y cuando oimos la campana mayor que llamaba desde una ventana alta de la casa, bajamos al refectorio. La mesa estaba puesta para cincuenta personas y ya la habian ocupado casi toda. Nosotras tuvimos el honor de sentarnos junto «á la señora,» es decir, el ama de la posada, mas para moderar el orgullo que semejante distincion hubiera podido originar, mi criado Guillermo estaba sentado casi en frente de mí. Componíase la reunion de todos los tenderos (ó comerciantes como los llaman en los Estados-Unidos) de Menfis. Tambien era de la partida el mayor del pueblo, amigo de Miss Wright, y persona de modales mui finos, de un exterior agradable y que parecia fuera de su lugar en una pequeña poblacion de las orillas del Misisipí. Desde que se ha establecido aquella fonda, segun nos dijeron, se ha hecho costumbre entre todos los habitantes del pueblo el ir á ella á comer y á almorzar. Comieron con un silencio profundo y con una celeridad tan asombrosa que literalmente apenas habiamos nosotras empezado, cuando ya ellos estaban despachados. Se fueron con el último bocado y tan callados como habian comido, y otra bandada de ellos vino á reemplazarlos, desempeñando su mudo papel de la misma manera. El ruido de los cuchillos y tenedores era el único que se oia, acompa-

ñado por supuesto del coro perpetuo de toses y demas. No habia en la mesa mas mugeres que nosotras y el ama de la posada; pues las buenas mugeres de Menfis estan contentas de que sus señores vayan á participar de los pavos y venado de Mistress Anderson, con tal de no tener el trabajo de guisarles la comida, y ellas se regalan en sus casas con cetas y leche.

Pasamos lo demas del dia harto agradablemente, correteando por la poblacion que ocupa uno de los puntos mas hermosos del Misisipí. El rio es tan ancho por aquella parte que parece un dilatado lago; divídelo una isla cubierta de magníficos árboles, y varia con su imponente masa de sombra la uniformidad de las aguas. Las casas se prolongan irregularmente por la falda de la colina desde el rio Wolf hasta una milla mas abajo. Media milla mas arriba sobre la poblacion se descubre una cima escueta que produce buenos pastos para caballos, vacas y cerdos; en cuanto á ganado lanar aun no tenian carneros. A los dos extremos de este espacio vuelve la selva á levantar su sombrío valladar, como si dijera al hombre: «No pasarás adelante.» La constancia y la industria se han burlado sin embargo de su precepto. La poblacion da la vuelta por detras de su larga calle y se introduce en el bosque, sibien á cada paso se enmaraña y hace casi intransitable la

senda escabrosa que va á las rancherías mas apartadas. Rompen el terreno infinitas corrientes de agua, y para atravesarlas han construido puentes con grandes troncos de árboles al traves de los cuales ponen otros mas pequeños. Al andar por estos puentes una persona se mueven, mas cuando los pasan caballerías ó carruages retiemblan de una manera que pone miedo; sin embargo son mui pintorescos. La elevacion prodigiosa de los árboles, la abundancia de parras silvestres que cuelgan de sus copas y forman entre ellos guirnaldas y festones, la variedad de aves de plumages alegres, especialmente el papagayo verde, todo nos hacia sentir que nos hallabamos en un mundo nuevo, y hubieramos dado con gusto un paseo igual al dia siguiente; pero Miss Wright deseaba con impaciencia llegar á su casa, y yo y mi familia teniamos casi la misma gana que ella por ver su Nashoba. Nos prepararon pues una especie de carreton con dos caballos, y empezamos de buen humor una jornada de quince millas por medio de la selva. Para no pasar uno de los puentes ya descritos, y que no creian mui firme, nuestro conductor negro nos llevó por una laguna que segun él nos aseguraba, en cuanto á hondura no debia darnos cuidado; no obstante, cuando vimos desaparecer la lanza y que nos ibamos hundiendo á toda

priesa, no pudimos menos de hacerle presente lo arriesgado de su obstinacion en querer seguir adelante; su respuesta fué rechinar los dientes y arrear sus caballos. Casi al mismo instante perdimos de vista las ruedas delanteras; los pobres animales empezaron á zambullirse y dar coces del modo mas tremendo, sin que nada alterara á nuestro buen cochero. Al fin el eje se rompió y entonces el filósofo negro nos dijo con mucha gravedad: « Soy de parecer que lo mejor que podeis hacer es salir de aquí montando en los caballos, porque esto « va largo. » Miss Wright que continuaba sonriendo al ver la escena, respondió: « Sí, Jacobo, « eso es lo que es menester que hagamos. » En efecto asi salimos á la orilla, no sin alguna dificultad, y en breve nos hallamos de nuevo formando corro delante de la chimenea de Mistress Anderson.

Se convino en diferir nuestra marcha hasta que las aguas bajaran, pero Miss Wright estaba con demasiada impaciencia para sufrir cualquiera dilacion, asi partió al instante á caballo con nuestro criado, el cual me dijo despues que habian pasado por sitios que hubieran detenido al mas intrépido cazador, y que « para Miss Wright eran la cosa mas llana del mundo. »

Tocónos á nosotros el volvernos á poner en

camino al dia siguiente, y un cielo sereno, un sol brillante, la soledad augusta de la selva y nuestra curiosidad misma estimulada vivamente por objetos tan nuevos, fueron circunstancias que hicieron nuestra excursion deliciosa, y que nos dieron fuerzas para sobrellevar con resignacion los coscorrones y magulladuras que atrapabamos. No tardamos mucho en perder de vista todo asomo de camino, tal nos pareció á lo menos, pues los troncos de los árboles que habian cortado para abrir el paso, tenian tres pies de alto. Por cima de estos troncos pasaba sano y salvo el elevadísimo *Deerborn*, como llamaban á nuestro carruage; bien que necesitamos la experiencia de muchas millas para convencernos de que podiamos contar con alguna probabilidad de vida, y de que no ibamos á dejarla en el último tronco que veiamos: causaba gusto el observar la calma y facilidad con que nuestro conductor serpenteaba con ruedas y caballos entre aquella estacada. La selva se espesaba mas y mas á cada milla, y ofrecia un aspecto mas austero, mas nuestro negro respondia con su eterno rechinar de dientes, jurando que el camino era un excelente camino y que llegaríamos á Nashoba con toda seguridad.

Y en efecto llegamos..... y bastó una ojeada pra convencerme de que cuantas ideas mea

habia yo forjado de aquel sitio, estaban en oposicion diametral con la verdad: el único sentimiento que me inspiró fué el de la desolacion, desolacion la única palabra que hizo vibrar en mi lengua, bien que los labios no la dejaran sonar. Con todo Miss Wright hubo de apercibirse de la dolorosa impresion que habia producido en mí la vista de su morada salvage, y no dudo de que ambas nos convencimos á la par de nuestro engaño en creer que pudiera habernos sido agradable ni á la una ni á la otra el pasar juntas una temporada en semejante lugar. Haciéndole justicia al mismo tiempo, me parece que su cabeza estaba tan exclusivamente ocupada del objeto que se habia propuesto que todo lo demas era para ella ó indigno de atencion ó indiferente. Yo nada he oido ni leido jamas en punto á entusiasmo de cualquiera clase que sea que se acercase al entusiasmo suyo, excepto alguno que otro ejemplo de fanatismo religioso en los siglos primitivos.

Igualmente poderoso debia ser el sentimiento que habia inducido á Miss Wright, acostumbrada como ella lo estaba á todas las comodidades, á todos los refinamientos de Europa, á imaginarse no solo que ella podría vivir en su desierto, sino que sus amigos europeos entrarian en él sin que les abatiese el ánimo tan huraña perspectiva. Cada edificio constaba de dos gran-

des piezas amuebladas con la mayor sencillez, pues aun no se hallaba en ellas ninguna de esas comodidades de órden inferior que las inteligencias vulgares ponemos entre los artículos necesarios de la vida. En esto nada habia de malo para nuestra filósofa, ni entraba en su indiferencia la mas leve mezcla de afectacion: real y verdaderamente no se le habia ocurrido semejante cosa; todo su corazon, su alma toda entera estaba poseida de la esperanza de elevar á los negros al nivel de la ilustracion europea, y aun ahora, despues de haber visto rodar y convertirse en polvo bajo sus mismos pies la fábrica predilecta de su imaginacion, no puedo recordar el abandono con que se entregaba á ella, sin experimentar la misma admiracion.

Los únicos blancos que encontramos en Nashoba fueron mi amable amiga Mistress W***, hermana de Miss Wright, y su marido. Creo que tenian de treinta á cuarenta esclavos, incluso los niños, pero cuando yo los visité aun no habia escuela establecida. Habian reunido para el grande ensayo libros y otros materiales, y habian ajustado uno ú dos profesores, pero todavia estaba todo por organizar. Encontré á mi amiga Mistress W***, en muy mal estado con respecto á la salud, y ella me confesó que lo atribuia al clima. Esto me asustó

tanto por mi familia que me resolví á dejar aquel sitio lo mas pronto posible, y lo verifiqué á los diez dias.

No sé cual fuese la causa que indujo á Miss Wright á abandonar un proyecto tan profundamente arraigado en su imaginacion, y en el cual habia gastado tanto dinero. Antes de que se pasasen muchos meses tuve noticias, con gran regocijo mio, de que ella y su hermana se habian ido. Me parece que á su vuelta á Nashoba conoció que el clima era demasiado contrario á la salud de las dos. Todo lo demas que sé sobre aquel establecimiento se reduce á que Miss Wright penetrada (por uno ú otro motivo) de la imposibilidad de realizar su plan, acompañó ella misma á sus esclavos hasta Haiti, donde les dió la libertad poniéndolos bajo la proteccion del presidente.

No me pareció hermoso nada de lo que ví en las cercanías de Nashoba, ni puedo figurarme que tengan mas atractivos en el verano. Los árboles estan apiñados de tal modo que ahogan las plantas inferiores, principal ornamento de los bosques de la Nueva-Orleans, y no dejan penetrar los rayos del sol que con los efectos de luz y sombras suplirian la falta de otros objetos. La cultura y desmonte, de las tierras que avecinan el establecimiento me parecieron de poca consideracion y mui lejos de

perfeccion, aunque aseguraban que habian logrado buenas cosechas de algodón y de maiz. El tiempo estaba seco y agradable y el cielo por la noche sorprendia con el espectáculo de su rara hermosura. Yo no he visto jamas luna mas clara, mas pura, mas alumbradora.

El 26 de enero de 1828 volvimos á Menfis; tuvimos que aguardar cinco dias el vapor que iba á Los-Cincinnati, metrópoli del oeste, donde me habia determinado á ir con mi familia para esperar á Mr. Trollope. Todas las personas á quienes hablamos en Menfis de aquel punto, nos aseguraban que era la mas bella situacion de la parte occidental de los Alleghanies. Entre tanto disfrutabamos de los varios paseos que descubriamos entre los claros del bosque que rodea la poblacion; las delicias de estos paseos verdaderamente agradables y la vista del horizonte inflamado que coronaba el rio nos ayudaban á esperar con paciencia el barco que debia transportarnos.



CAPITULO IV.

Partida de Menfis.—El Ohio.—Villa-Luis.—Los-Cincinnati.



El primero de febrero de 1828 nos embarcamos en el Criterion y volvimos á flotar sobre « el padre de las aguas », como se han empeñado en que los pobres Indios desterrados llamaban el Misisipi. Nuestros compañeros de viaje se asemejaban tan portentosamente á los que lo habian sido desde Nueva-Orleans, que en mi opinion debian ser primos hermanos, y lo mas singular era que tambien habian ascendido todos ellos á las mas altas graduaciones del ejército. En cuanto á vistas, subiendo el rio Wolf, todas se reducen en muchos leguas á selva, selva y siempre selva, siendo el receso del rio y sus usurpaciones en la orilla opuesta la sola variedad que interrumpe su monotonia en algunos puntos. Estos cambios se repiten á menudo, pero nadie me ha dado de ellos una explicacion satisfactoria. En la parte invadida por la corriente, se ven árboles que